
VALORES HUMANOS, CIENTIFICOS Y SOCIALES EN LA FORMACION DEL ARQUITECTO

VALORES HUMANOS, CIENTIFICOS Y SOCIALES EN LA FORMACION DEL ARQUITECTO

En 1956 el profesor J. Bronowski, residente en Inglaterra y polaco de nacimiento, publicaba un libro que ha tenido una gran influencia en el diálogo intelectual de nuestro tiempo; su título, *Valores humanos y científicos*, abría una serie de consideraciones de gran interés que acotaban y definían posiciones en la crisis que la sociedad industrial ha provocado en la transformación sociopolítica, económica y técnica de nuestra época. Su tesis fundamental denuncia la disociación a que se encuentran sometidos los "valores humanos" y los valores "científicos"; para Bronowski las realidades "técnicas y culturales son una sola". En este trabajo, y en algunos posteriores, como el publicado por la revista *The Nation*, "El Abaco y la Rosa" en 1964 (1), Bronowski trata de realizar una visión histórica unitaria; el desarrollo científico debe ir en paralelo con la evolución del pensamiento político y económico; coordinar, en una palabra, los conocimientos humanísticos con la Ciencia.

Esta serie de trabajos, divulgados entre intelectuales de diferentes países, ha suscitado estudios y polémicas en torno a este tema. En 1959 Charles P. Snow pronunció una conferencia en la Universidad de Cambridge titulada "Las dos culturas y la revolución científica", en la que se denunciaban las diferencias tan manifiestas de mutua incompreensión a que se encuentran sometidos los hombres del pensamiento literario y los del pensamiento científico. El autor, científico y escritor, físico en sus primeros trabajos y posteriormente funcionario al servicio de reclutamiento del personal científico del Gobierno, ha escrito algunas novelas y numerosos ensayos. Su trabajo "Las dos culturas" ha suscitado, lo mismo que los trabajos de Bronowski, una curiosidad manifiesta por sectores intelectuales diferentes. La traducción al italiano del ensayo de Snow ha sido acogido en Italia con gran interés. El profesor Bruno Zevi, en sus editoriales de *L'Architettura*, núms. 113-14, recoge algunas consideraciones sobre el trabajo de Snow que merecen consignarse porque afecta de forma muy directa al entorno cultural del arquitecto no sólo en aquellos aspectos específicos de la enseñanza de la arquitectura, sino también dentro del estricto marco profesional.

A nadie se le oculta la crisis profesional a que está hoy sometido el arquitecto; su valor profesional está en franca decadencia. "Un poco técnicos, un poco artistas, un poco sociólogos, los arquitectos constituyen figuras híbridas de dudosa definición", tan dudosa que nadie, consciente de la realidad de nuestra época, podrá seguir manteniendo o añorando "la mítica figura" del mediador y coordinador de las técnicas y las humanidades; la ineficacia de sus disciplinas y lo falso de sus horizontes le transforman en un hombre al margen incapaz de reconocer la coyuntura de los tiempos y sus necesidades; incapaz, por supuesto, de reconocer dentro de su egocentrismo estéril, una situación global de la realidad. Esta situación, compleja en su localización, no requiere únicamente buscar un medio que permita la recíproca confianza entre humanistas y científicos. Antes de analizar brevemente esta situación anotemos algunos conceptos de Snow reseñados en el editorial.

(1) Raul Chavarri: "Cultura y técnica en la moderna sociedad industrial". Revista *I.N.*, octubre de 1964.

1 La vida intelectual en la sociedad occidental cada vez más se va agrupando en dos núcleos contrapuestos: hombres de letras a un lado y científicos en el otro; entre los dos grupos un abismo de recíproca incompreensión. Los no-científicos tienen una radical impresión que los científicos están animados de un optimismo superficial y no tienen conciencia de la condición del hombre. Por otra parte los científicos creen que los hombres de letras están totalmente privados de vigencia y alimentan un particular desinterés por los hombres sus hermanos, que en el fondo son antiintelectuales y se preocupan de restringir tanto el arte como el pensamiento al momento existencial.

2 Esta total incompreensión da un sabor acientífico en toda la cultura "tradicional", y este sabor acientífico está a punto de transformarse en anticientífico. Los sentimientos de un polo levantan los contrarios del otro... Si los científicos tienen el futuro en la sangre, entonces la cultura tradicional responde gimiendo que no existirá el futuro. Y es la cultura tradicional la que gobierna el mundo occidental.

3 Estamos perdiendo por contumacia algunas de nuestras mejores ocasiones. El punto de encuentro entre dos sujetos, dos disciplinas, dos culturas, dos galaxias..., deberían producir ocasiones de creación. En la historia de la actividad mental es precisamente aquí donde se han producido algunas fracturas... solo por el hecho de que miembros de las dos culturas no deseen hablarse. Es extraño que se haya asimilado tanto el arte del siglo XX y tan poco de la ciencia del mismo siglo... Existe un camino sólo para salir de esta situación y naturalmente pasa a través de una reconsideración de nuestro sistema educativo...

4 La revolución agrícola y la científico-industrial son los cambios cualitativos más importantes que los hombres han conocido en la transformación de la vida social... Pero la cultura tradicional no se percata de la revolución científico-industrial; o cuando la acepta, no se complace. Casi todos los intelectuales se hallaban al margen de lo que estaba sucediendo; ciertamente no lo entendían los escritores; algunos lo intentaron con disgusto, como si un hombre sensible no pudiera hacer otra cosa que lavarse las manos... Y ahora ¿hemos comenzado a comprender, al menos, la vieja revolución industrial o esta nueva revolución científica en la cual estamos inmersos?...

5 Estamos por lo general impresionados por un complejo de opiniones que provienen de intelectuales pertenecientes a campos diversos: a la historia de la sociedad, a la sociología, a la demografía, a la medicina y a las artes sociales, como la arquitectura. Me surge una gran duda en realidad si todo eso posee una coherencia interna.

Todos estos intelectuales se interesan de cómo los seres humanos viven o han vivido, y si se interesan no en términos de "leyenda", sino de hechos... Es prematuro hablar de una "tercera cultura" como ya existente, pero estoy totalmente convencido que se verificará en un futuro inmediato. Y cuando esto suceda algunas dificultades de comunicación serán atenuadas; de hecho que tal cultura deberá mantenerse en contacto con la cultura científica, para poder realizar su cometido.

Este antagonismo entre las dos culturas y la falta de enlace con la tercera cultura naciente se nos manifiesta a diario en el marco de nuestras actividades profesionales. Nuestras escuelas, con su atonía administrativa y burocrática, siguen haciendo patente esta disociación en disciplinas técnico-científicas y artísticas; disociación que se inicia en las enseñanzas primarias y de bachillerato. Las escuelas de arquitectura siguen reconociendo, dentro del esquema de la cultura tradicional, la vigencia de los "sucedáneos humanistas" como valores base para un profesional dotado. Su propia esencia inmovilista y su incapacidad de adaptación a las corrientes culturales vigentes proscriben a estos profesionales como seres inútiles dentro del contexto general de las tres culturas. Los nuevos planes de estudio acumulan una terminología al uso, pero la eficacia de estas disciplinas está muy distante de que sean una realidad.

En cuanto al arquitecto medio—comenta Zevi—después de algunos años de haber reci-



bido el título: "Ciencia cero, un poco de técnica, cultura escasísima, apertura a los fenómenos visuales o de expresión arquitectónica, de oído, en poco tiempo un fenómeno de analfabetismo de vuelta en el cual la conciencia que en la escuela divide las dos culturas provoca una ignorancia total, al menos, en uno de sus polos, y la abulia para el resto. ¿El urbanismo? Ciertamente todos repiten que es una actividad "social", pero la preparación del arquitecto en la tercera cultura no está científicamente mejor fundada que en lo que concierne a las dos primeras. Frente a estos impactos de transformación que le ofrece el panorama de la revolución científica, las ciencias sociales aplicadas y el nuevo humanismo, el arquitecto permanece indiferente y neutral; su actitud es eludir el problema; un hombre marginal en una época en que la demanda histórica necesita de su acción. Mientras las disciplinas en las escuelas de arquitectura no se apliquen con una metodología científica y no se lleve al conocimiento del arquitecto los problemas que le hagan vibrar en la coyuntura histórica de su tiempo, la enseñanza y el ejercicio de la profesión no pasarán de ser lo que son en la realidad: un juego y caro entretenimiento, adornado en el caso de algunos buenos profesionales con el hechizo formal de escuetos "virtuosismos" que sinceramente hemos de reconocer son historia que pertenece a un pasado.

"Se trata no tanto de encontrar un puente mediador entre humanistas y científicos—prosigue el editorial—como de reconocer que: 1. A partir de Galileo el humanismo se ha comportado de una manera reaccionaria al defender las "sagradas verdades universales" frente al método experimental, la ciencia, la industria y la técnica. 2. La ciencia es sí misma revolucionaria, pero los científicos no tienen conocimiento de ello y confían la administración de sus descubrimientos a una clase política compuesta de humanistas. 3. El humanismo moderno sólo puede nacer desembarazándose del tradicional, pero la ciencia debe adoptar responsabilidades humanísticas e impregnar toda la cultura. Lo cual, en términos arquitectónicos, significa que: 1. A partir de Miguel Angel el humanismo ha sido clasista y ha hecho todo lo posible para sofocar o corromper cualquier tipo de aportación revolucionaria, desde Borromonia hasta Wrigth. 2. La ingeniería, tras una fase revolucionaria en el siglo XVIII, ha abandonado la lucha y se ha puesto incondicionalmente al servicio de la arquitectura. 3. El humanismo moderno surgirá solo si reemprende el combate contra el viejo humanismo clasista que aún hoy prevalece escondido bajo apariencias de modernismo."

Cualquier lector medio de la historia del movimiento moderno en arquitectura podrá encontrar en estas afirmaciones las razones obvias que impidieron y siguen obstruyendo el desarrollo histórico de la arquitectura contemporánea; el "seudomodernismo" que llena nuestras ciudades está arrojando en términos de nueva-academia los principios reaccionarios más radicales, y la arquitectura sigue sin estar valorada como ciencia, y, como siempre, la magia, más fácil que la ciencia, explota su ficción.

La deformación que sufre la enseñanza de arquitectura en sus valores humanos y sus conocimientos científicos sociales nos da la pauta para diagnosticar el fenómeno que encuadra al arquitecto en una "cultura de rango profesional" y que encuentra su aplicación y función en el ejercicio de la profesión, sin otra aspiración, incluso en el caso de los buenos profesionales, que favorecer un diseño de consumo.

El fracaso del primer racionalismo significa una victoria para toda la mentalidad clasista, pero sus postulados no eran tan equívocos; fué prematura su acción sobre una sociedad aún no evolucionada. No se trata de iniciar una vuelta a un nuevo racionalismo por el cansancio que precipitan las deformaciones "organicistas". No es, por supuesto, una escueta orientación tecnológica, evangelio de todos los falsos profetas del funcionalismo; es un encuentro necesario y básico en la integración de estas "tres culturas", donde ha de fundamentarse la formación y el trabajo profesional del arquitecto. Quizá desde una perspectiva así se puedan entender mejor la crisis de educación, los fallos pedagógicos, la inoperancia de las agrupaciones profesionales, la ausencia de una ética y una moral profesional, etc. Las nuevas humanidades nos abren una visión esperanzadora, pues ya nos están anunciando que el proceso social de nuestro tiempo no está en alcanzar una capacidad despótica del poder, sino en el encuentro con los atributos específicamente humanos.

Antonio Fernández Alba.